

CAPÍTULO 6.

Aprender, filosofar y vivir: formas y expresiones de la enseñanza de la filosofía en Colombia¹

*Óscar Pulido Cortés²
Óscar Iván Gámez Rodríguez³*

Presentación

La imposibilidad de la enseñanza de la filosofía es una paradoja que hace parte del fundamento mismo de la filosofía. Kohan (2008) presenta esta paradoja como una idea que tiene dos dimensiones:

La primera dice que la puesta en práctica de la filosofía con pretensiones educativas, esto es, el encuentro bajo el nombre de filosofía entre dos pensamientos –uno de quien ocupa la posición de enseñante y otro del que habita el espacio de aprendiz– es un encuentro necesariamente paradójico, imposible, cuando merece ese nombre “filosofía”. La segunda sostiene que esa condición, lejos de ser un impedimento o un desestímulo para su práctica, es su potencia y una fuente de inspiración permanente para pensar el sentido de la filosofía en la educación. Cuando

-
- 1 Presenta los resultados de la categoría aprender filosofía del Proyecto de investigación: Balance de las formas de enseñanza de la filosofía en Colombia. Entre práctica y experiencia, SGI 2204, financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión, y la Dirección de investigaciones de la UPTC.
 - 2 Doctor en Ciencias de la Educación. Profesor de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia. Director e investigador del grupo Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE). Investigador principal del proyecto: “Balance de las formas de enseñanza de la filosofía en Colombia. Entre práctica y experiencia”, SGI 2004, financiado por la Vicerrectoría y Dirección de Investigaciones de la UPTC. Correo electrónico: oscar.pulido@uptc.edu.co
 - 3 Licenciado en Filosofía. Investigador del grupo Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE). Correo electrónico: oskrgames@hotmail.com

no percibimos esa dimensión paradójica o imposible de la filosofía, cuando damos por hecho que ella debe y puede ser enseñada, estamos dejando algo muy propio de su condición y, con ello, una fuerza para su enseñanza (p. 11)-

Si la enseñanza de la filosofía es una paradoja y el cuestionamiento central consiste en que no puede existir transmisión en un ejercicio que es propio de los individuos y de su pasión y relación con el saber, el conocimiento y la vida, entonces ¿cuál es la importancia de reflexionar y teorizar sobre las maneras como las instituciones producen condiciones para la enseñanza de la filosofía? O, para expresarlo de otra manera, ¿no sería mejor eliminar su enseñanza de las instituciones si los procesos son individuales y no sociales? El profesor Kohan, en la segunda parte de la referencia anterior, plantea que allí estaría la potencia y la fuerza de la paradoja y los retos para maestros y aprendices, pues la filosofía es paradójica y su enseñanza, es decir, la labor del maestro, consistiría, como la afirma Heidegger, en “dejar aprender”, o en palabras de Deleuze (2002), el maestro sería en el que dice “haz junto conmigo”. Casos curiosos pueden parecer estas últimas afirmaciones donde se privilegia el aprender sobre el enseñar, pero al mismo tiempo el protagonista es el maestro para completar el sentido de la paradoja. Esto ubica el debate en la dimensión del encuentro y la interrelación, así pues, en filosofía, es más importante el aprender, pero no se puede prescindir del enseñar.

En el marco del proyecto “Balance de las formas de la enseñanza de la filosofía en Colombia” estas reflexiones llevaron a rastrear en las investigaciones especializadas sobre la temática y a ubicar el foco de análisis en aquellos enunciados propios de una tendencia centrada en el aprender cómo relación, interacción, experiencia, ejercicio de los sujetos. Como ya se pudo comprobar en el análisis bibliométrico, en esta categoría, aprender, aparecieron el menor número de artículos para el estudio. Este hallazgo hace pensar que la enseñanza de la filosofía en Colombia está centrada en la transmisión, los dispositivos didácticos, estrategias psicopedagógicas y no en la enseñanza de la filosofía como espacio del “dejar aprender” a los otros, al mismo tiempo se evidencia que la enseñanza de la filosofía no es vista como un problema

filosófico en sí mismo, es decir, sí es transmisión y repetición de conocimiento, de donde se deduce que no requiere del ejercicio del filosofar.

En los artículos de investigación estudiados se encontraron cuatro tendencias sobre el “aprender filosofía”: referencias a la filosofía como modo de vida, ejercicio, práctica y experiencia; enunciados que centran su interés en habilidades y competencias (en la mayoría de los casos, tendencias cognitivistas y psicológicas) filosóficas (discurso filosófico, lectura, escritura, comunicación y argumentación); una tercera tendencia privilegia la crítica filosófica, en relación con las posibilidades de construir pensamiento crítico y creativo; y por último, enunciados focalizados en el aprendizaje de contenidos y conceptos.

A continuación se presenta el análisis y la relación de enunciados en torno a las posibilidades teóricas y metodológicas de proyectos y apuestas investigativas que privilegian el aprender filosofía y sus manifestaciones discursivas.

Filosofía como modo de vida

Este apartado problematiza uno de los aspectos más recurrentes en esta categoría, *aprender filosofía*; es la concepción de la filosofía como una manera de vivir, al estilo de los filósofos griegos del periodo ético, conocido también como helenístico-romano, que ha sido retomando por varios de los filósofos que incentivan su lectura y su actualización para las discusiones contemporáneas: casos como Foucault, Deleuze, Hadot. En las publicaciones existen recurrencias referidas a la filosofía como modo de vida, ejercicio, práctica y experiencia, y las posibilidades de utilizar estos conceptos en la enseñanza.

El modo de vida acontece como experiencia, es aquello que ocurre a nuestras acciones e involucra todo lo perteneciente a la vida misma, “eso que me pasa” cuando hay una relación con el mundo, los otros y lo otro, eso que afecta y transforma, es decir, la experiencia del cuerpo y del pensamiento involucrando deseos o conocimientos. Es así como la filosofía acontece en el sujeto y su diario vivir

(Bernal, 2013). Lo que entendemos por filosofía se despliega en una cotidianidad en el aula, en espacios de aprendizaje que remiten a dinámicas propias, no solo de lo educativo, sino del entramado social que dimensionan el enseñar filosofía (Bernal, 2013).

Parece que filosofar como modo de vida es la preocupación o búsqueda permanente por el conocimiento mismo, y el cuidado de lo realmente importante, como si fuese un llamado de la filosofía para la realización de cada ser humano. Decimos que, en medio de esa preocupación por el saber, se experimenta una transformación del estudiante; “enseñar y aprender filosofía es una oportunidad para transformar lo que pensamos y con ello el modo como vivimos y somos” (Kohan, 2007, p. 157). El estudiante real se configura en “todo aquello en donde el individuo real vive y padece” (Bolívar, 2008, p. 41), con determinaciones específicas, de esta manera podemos examinar la filosofía como modo de vida que se extiende en todos los ámbitos de la existencia, enseña a vivir de una determinada manera acoplándose a quien la aprende, con sus determinadas condiciones, en la búsqueda tal vez de dar solución a problemas de un diario vivir, se vuelve una necesidad problematizar, reflexionar y repensar sobre su condición misma. Se considera al filosofar como necesidad de vivir filosofando, una preocupación que debe estar presente, de examinarse a sí mismo y a los otros en general (Kohan, 2009).

El día a día se transforma para el estudiante en un camino, en este proceso de acercamiento a lo maravilloso lo que se está midiendo en sus consecuencias, en lo maravilloso que asombra, es una ruptura con lo cotidiano en la cual se demuestra el gusto por lo nuevo, lo llamativo, lo enigmático y extraordinario. “Va emergiendo el momento en que [el aprendiz] surge como sujeto en construcción. Allí aparece el asombro que para ellos representa un desafío a su estado cotidiano” (Acevedo, 1992, p. 202), que para los filósofos antiguos es el emerger del filosofar y de la filosofía.

Filosofar, un ejercicio sobre la existencia

La filosofía es una necesidad, una problematización del día a día en la que se desarrollan otras dinámicas en el entramado social, donde la filosofía propasa el aula de clase, los muros de

la escuela, y se hace presente en otros espacios de la vida tanto individual como pública. Así, el aprendizaje brinda el medio para poder transformar nuestras ideas y el modo como vivimos. La filosofía no nace como un saber absoluto, sino como una forma de ejercicio, siendo más bien una búsqueda del saber (Kohan, 2009). El ejercicio de pensar, de filosofar, es una reflexión de problemas y no precisamente para repetirlos, para volver al círculo vicioso, es más bien asumir el problema y definir el camino que lleve al saber. Filosofar es un permanente aprender filosofía o cualquier otra forma de conocimiento, es un ejercicio frente al saber, es una fuerza que, como lo decía Sócrates, posibilita pasar de la ignorancia como una condición de que se sabe, a un aprender que despliega posibilidades al saber. Para el ejercicio de la filosofía es importante que se generen ambientes de libertad en el aula, además de realizar actividades de análisis, interpretación y crítica, posibilitando el ejercicio de búsqueda, potenciando la creación de problemas, soluciones, paradojas, nuevos conocimientos (Bernal, 2013).

Para poder transformar nuestra vida y participar del cuidado de lo otro, del mundo, hay que ejercer, practicar la filosofía, y siendo así, establecer una directa relación con el saber. Es decir, al ejercer la filosofía se busca un espacio y una dirección o sentido donde practicarla. Tanto en el ejercicio como en el modo de vivir, el sujeto que percibe se moviliza y se introduce en su realidad, haciendo de ella una experiencia en un determinado contexto e historia; desde luego se compromete a la educación, y cada sujeto vive, es afectado, siempre enfrentándose a lo nuevo e inevitable que es vivir, ya sea en el aula o en su entorno social y para eso de la justificación del saber filosofar o hacerse aprendiz de filosofía (Bernal, 2013).

El aprender se da en el estudiante y en el maestro, es un compartir. Como ejercicio no solo aborda una práctica del pensamiento intelectual, no es únicamente conducir a los sujetos a adquirir ciertas competencias y habilidades sobre el pensar, sino que “se convierte en una paradójica experiencia que rompe con elementos preestablecidos, formas estandarizadas, planeaciones curriculares rígidas y definitivas, formas de control y de restricción del pensamiento, prácticas de saber de dependencia, sumisión y autoritarismo” (Pulido, 2009, p. 98). Esta ruptura no se da

solamente con la estructura tradicional de la escuela o con la relación estudiante-maestro, sino que el aprender filosofía es visto como un ejercicio que propasa lo meramente académico y los sujetos sufren una metamorfosis sobre su propia existencia. Es una práctica que causa en los sujetos transformaciones, pensar de otras maneras.

El ejercicio filosófico lo encontramos en cualquier tipo de discusión y argumentación, como práctica del saber fundamental, por medio del cual los individuos son capaces de hacer ejercicios para encontrarse consigo mismos, como lo son: la escucha, la reflexión, la crítica, la atención, entre otros. Un ejercicio filosófico tiene la pretensión de cambiar al sujeto mismo, de estar dispuesto a vivir una experiencia de pensamiento, un diálogo no para colonizar el pensamiento del otro, sino para dejar abierta la posibilidad del aprender.

Además del diálogo, que es considerado un ejercicio filosófico, la interpretación de ideas, de texto, de imagen se encuentran como recurso para identificar y evaluar los procesos de aprendizaje de cualquier estudiante, proporcionando un mejor nivel en el manejo de escritos, autores, teorías y cualquier forma de conocimiento (Bernal, 2013); también la escritura y la lectura son consideradas un ejercicios filosóficos.

El cine es otra forma interesante de movilizar ejercicios filosóficos, dado que transporta al sujeto y lo lleva a percibir de forma emotiva la historia y la realidad, otra manera de descubrir y analizar elementos de nuestra cultura (Cañizales & Pulido, 2015). Se puede utilizar el cine como una herramienta, ya que por su intermedio se encuentran múltiples posibilidades y situaciones que despersonalizan a los sujetos, nuevas identidades que experimenta y las hace propias a partir de la pantalla, razón por la cual el cine es una forma de pensamiento y se puede convertir en un ejercicio filosófico que atraviesa diversas posibilidades para el aprender filosofía.

El diálogo, la lectura, la escritura y el cine se convierten en ejercicios que permiten un pensar sobre la existencia, elementos que son

una oportunidad para permitir que el otro aprenda, hacen que los sujetos piensen su mundo y con ello vivan una experiencia que los hace ser de otra manera, vivir de otros modos.

Filosofar como experiencia de transformación

La filosofía está atravesada por ejercicios que cuestionan la existencia de los sujetos y hacen que se transforme, es decir, el aprender filosofía se convierte en un modo de vida, la filosofía se transforma en experiencia, y no necesariamente en una experiencia general, sino más bien eso que le pasa a cada cual, como sujeto, en el momento en que lo vive y de manera única y de la que, a su vez, sale transformado. El lugar de la experiencia es el sujeto, que es afectado día tras día en una relación irrepetible, siempre distinta en relación con el otro, con lo otro (Bernal, 2013). El aprender filosofía tiene relación con ciertas habilidades de pensamiento pero también posee la capacidad de transformar a los sujetos, ya que lo que acontece en el exterior permite que se lleve al interior de cada individuo para hacer ese algo que no era.

Otra manera de experiencia es aceptar diferentes pedagogías, donde el sujeto es meramente empírico dentro de un contexto e historia (Bolívar, 2012). Filosofar y enseñar a filosofar se asumen en serio cuando se vive como experiencia, desde esta experiencia se ve, se escribe, se narra, se expone, cuida de sí, piensa y vive. Es una actividad que se comprende entre profesores y estudiantes para la formación de seres autónomos para la autorregulación, el cuidado de sí y del otro, es una experiencia en la que se hace filósofo, creador y generador de cambios (Bernal, 2013). Es decir, el aprender como forma de vida no enseña solamente contenidos, más bien posibilita ejercicios que se convierten en una actitud filosófica constante.

[...] la filosofía puede abrirse a una relación de experiencia, es decir, podemos, a través de la filosofía, encontrar verdades que nos ayuden a transformar la relación que tenemos con lo que pensamos, con lo que sabemos, y que eso le pase también a otros, que la oportunidad de encontrar la filosofía sea una posibilidad de transformarse y no apenas de incorporar lo que no se sabe (Kohan, 2009, p. 18).

Para producir una experiencia filosófica es fundamental aprender a hacer filosofía, es decir, que el papel del maestro ya no consiste en ser un transmisor de conocimiento o en “corregir” al estudiante, sino en producir experiencias a partir de ejercicios como el aprender a preguntar, saber abrir al cuestionamiento motivándose por respuestas en contexto, tiempo y espacio pertinentes, evitando la repetición. La filosofía se vuelve una actividad de comprensión, interpretación y creación; “[...] nuestra filosofía del aula consiste, entonces, en saber abrir al estudiante al cuestionamiento y llevarlo a indagar sobre aquellas respuestas consideradas pertinentes, a hacerlo vivir en dichas actividades” (Meraz, 2013, p. 39), de esta manera el aula se convierte en un lugar de la experiencia filosófica, que al final hace de la filosofía un modo de vida y un ejercicio constante.

Otra manera de hacer de la filosofía una experiencia y un ejercicio es producir una unión entre filosofía y cine dentro del aula de clases para ampliar y ver el comienzo de una nueva forma de aprender (Meraz, 2013). Aparece el cine como posibilitador de la experiencia, permite la relación entre conceptos que producen en el espectador vínculos entre la razón y la emoción, descubriendo problemáticas y nuevos conceptos, como una nueva forma de transmisión de conocimiento (Cañizalez & Pulido, 2015), en ese sentido la experiencia se produce reconociendo las afecciones, la universalización y posibilidad de los espectadores de construir conceptos-imagen y problematizar su tarea de pensar por sí mismos.

En la educación el aprendizaje debe responder a situaciones nuevas, que sobrepasen lo cotidiano, para que así, el asombro sea un punto de partida importante de ese saber que todos construimos, de ese asombro que fecunda la praxis del ser humano en todas sus dimensiones creativas (Acevedo, 1992, p. 204).

Filosofar como práctica filosófica en comunidad

Ingresar en el ámbito de la práctica en filosofía es relacionarse con el conocimiento y hacer de él una experiencia para sí. En esta dirección, ni el profesor tiene una verdad absoluta ni el estudiante tiene una ignorancia total, el sentido del enseñar y el aprender es una lógica donde la posición del estudiante sea la de transformar lo que se piensa, lo que se sabe y por último problematizar lo que somos como individuos y colectividad. En el aprender filosofía hay más posibilidad de construir cuando se adquiere un sentido de cooperación, pues aprender y preguntar con interlocutores abre a la discusión y al diálogo que involucra a todos en algún tipo de aprendizaje. Es una actividad donde viene y va el conocimiento, con lo que se transforma lo que se sabe, para problematizar lo que piensa (Kohan, 2009).

Al involucrarse más de dos sujetos al quehacer filosófico, se analizan conceptos y argumentos, discursos que impulsan a ejercitar, representar, aprender a preguntar, ensayar respuestas problemáticas y, replantear las preguntas, las cuales pueden dotar a sus miembros de estímulos para favorecer las capacidades para pensar, hablar y escribir en términos de argumentos, propuestas, principios de referencia, articular razones, identificar premisas y problematizar conceptos (Meraz, 2013).

Otro análisis que se hace a los textos sobre aprender filosofía es el beneficio a la hora de potenciar las relaciones entre sujetos y el saber, construyendo sujetos autónomos, un sujeto generador de rupturas, modificador de su realidad y de su cultura. La práctica filosófica será, como aspecto fundamental, una actividad donde el sujeto aprende a preguntar, es un cuestionamiento a sí mismo, sobre su entorno y su historia, siendo pertinente la búsqueda de respuestas dentro y fuera del aula (Kohan, 2009).

Cuando se dé una experiencia filosófica o una práctica dentro o fuera del aula de clases, aparecen nuevos espacios, ya no solo en el aula, sino que su valor acontece en la comunidad filosófica por ser un saber compartido. La filosofía adquiere entonces un sentido de cooperación, se aprende a preguntar, se produce el

diálogo, la discusión, hay una construcción (no solo creación del sujeto) (Meraz, 2013). La filosofía se convierte en un aprender con el otro, un estilo de vida, no es un pensamiento aislado y se realiza en espacios públicos y con ayuda de la comunidad. Un sujeto se involucra con la comunidad ya que la filosofía es un asunto vital, un asunto humano que hace que el saber se vuelva significativo para todos.

La filosofía pues invita a pensar dentro de esa comunidad. Si bien, en nuestro contexto, haciendo referencia a la comunidad de aprendizaje en el aula, pero en un sentido más amplio, la comunidad rebasa ese estrecho espacio físico, la comunidad incluye a todo aquel que quiera indagar (Meraz, 2013, p. 43).

Dentro y fuera del aula se involucran los sujetos en una comunidad filosófica, todos preguntan, todos responden, lo fundamental es indagar, es una actividad donde se aprende constantemente, se exploran caminos, es un enseñar a aprender a filosofar, se divisa la oportunidad, una guía, una narrativa que orienta a la comunidad hacia un objetivo colectivo. Tal actividad debe dotar a sus miembros de capacidades para pensar, hablar, escribir en términos de argumentos, propuestas y problematizar conceptos.

El cine tiene la capacidad de reconstruir diferentes tipos de argumentación y brindar soportes mediante la imagen, aproximándose al análisis de conceptos sin someterse al trabajo repetitivo y artificial, explora las diferentes imágenes “con el objetivo de practicar y aprender a preguntar, ensayar respuestas problemáticas y, replantear las preguntas” (Meraz, 2013, p. 43); el cine hace que se comparta una experiencia y se posibilita el ejercicio filosófico.

También es necesario hacer referencia a las nuevas tecnologías cuando hablamos de comunidad filosófica o de aprendizaje cooperativo; entran a jugar nuevas formas de aprender en red y de manera no presencial o, más bien, virtual, por eso,

La noción de “ambiente de aprendizaje” se define como un conjunto de experiencias que permite que el estudiante de filosofía –para su formación profesional: investigativa o docente–, de manera estructurada, ejerza procesos autónomos de construcción de conocimiento propios de la disciplina y, preferencialmente, habilidades de conocimiento dentro de ella (Vargas & Gamboa, 2005, p. 101).

Habilidades y competencias filosóficas

Una de las tendencias que se ha popularizado en el ámbito académico para estudiar el aprender filosofía han sido las competencias, los modelos cognitivistas y psicológicos. En este sentido, algunas de las investigaciones plantean que es fundamental adquirir y desarrollar competencias filosóficas y habilidades específicas, perspectiva que los estudiantes deben desarrollar como una condición mínima para tener un aprendizaje, de manera que desarrollen las capacidades para desenvolverse en las distintas áreas del conocimiento y puedan aportar interdisciplinariamente para transformar el contexto social y académico.

El hacer filosofía tiene la mira puesta en el filosofar, en producir las condiciones adecuadas para que éste pueda darse y desarrollarse y en proyectar sus efectos sobre la vida social. “Dentro de la actividad académica se suelen proponer tres funciones del hacer filosofía: investigar en filosofía, enseñarla, y aplicarla para el servicio de la sociedad” (Hoyos, 1993, p. 32).

Las habilidades se manifiestan en las aulas de clase, y allí deben ser desarrolladas de tal forma que se hagan visibles también en otros escenarios, ya sea de formación filosófica o en un diario vivir, en diferentes contextos. La educación es un encuentro, una oportunidad de transformación para nosotros mismos y para los demás, hay que dar una apertura hacia los otros, al mundo (Kohan, 2009). Es un tipo de sensibilidad, el estar atentos, abrirse a lo que no pensamos, a lo que otros piensan, es una disposición a entender al otro, a lo otro, es movilizarse por otras maneras de

pensar, es salir de una misma manera de pensamiento (Kohan, 2009). Estar dispuesto a escuchar otros. Cuando se habla de las relaciones de discurso, refiérase al modo de educar, se percibe que, tradicionalmente, en la tendencia a transformar a los otros sin dejar ser, una obligación a seguir ciertas formas de pensamiento en vez de ameritar el desarrollo y el encuentro a otras posibilidades de transformación autónoma y libre, el encuentro con lo desconocido, para dejar ese lugar de pensamiento y movilizarse, pensar de otra manera.

Una habilidad es ser capaz de compartir un espacio de pensamiento con respeto y generando un movimiento o impulso a pensar, lo que se pensaba y pensarlo nuevamente, desde otro lugar, desde otro inicio, inaugurando nuevas relaciones de deseo, es decir, de querer enseñar y querer aprender (Kohan, 2007).

La filosofía en el aula de clase es acción, el que aprende debe tener una disposición a hacer preguntas, aprende cómo preguntar, aprende a responder a distintas cuestiones y tareas, es más que volver al pensamiento tradicional, es brindarle movilidad en una indagación dándole significados. Los procesos de aprendizaje son transformadores, colocan al individuo en una red de actividades y contenidos para cambiar el discurso tradicional de conocimiento. Una clase de filosofía debe hacer más que transmitir información, la actividad permanente de la filosofía es hacer que el estudiante verdaderamente domine los contenidos y habilidades de la asignatura, y fomentar la apropiación de conceptos, temas y problemas se hace fundamental. Hay que generar actitudes de aprecio por lo filosófico, recrear nuevos aprendizajes cumpliendo objetivos educativos en miras a la eficacia de la filosofía (Meraz, 2013).

Dentro y fuera del aula de clases, en otros entornos, “concretamente con las tecnologías de ‘entornos virtuales para el aprendizaje’ – propician una mayor formación en las habilidades que permiten realizar el proyecto kantiano ‘aprender a filosofar’ ” (Vargas & Gamboa, 2005, p. 104), así como la misma formación de maestros, pues

en la formación pedagógica resulta de importancia que los maestros, en su proceso de apropiación, tanto de habilidades como de conocimientos, hagan la experiencia de aprendizaje que se perfila como presupuesto del “mundo de la vida” que experimentan sus futuros estudiantes; esto es, en “entornos virtuales” como tecnología vigente, con seguridad superada cuando estos formandos realicen su vida (Vargas & Gamboa, 2005, p.104).

Competencias filosóficas: entre discursos y conceptos

Las competencias filosóficas se reproducen en las instituciones educativas como el “modo de hacer”, y como guías para la acción permanentemente se articulan y retroalimentan las relaciones de poder, deseo, saber y discurso, con el fin de que el estudiante desarrolle capacidades para enfrentar la realidad (Bernal, 2013). Se puede decir que cuando se enseña filosofía, y se aprende, en cualquier tipo de institución o lugar, es necesario que se interactúe con prácticas de discurso, saber, poder y deseo, haciendo que las actividades abran las puertas a distintas posibilidades de filosofar (Bernal, 2013). Con esto podemos deducir que las competencias filosóficas son un ejercicio permanente que se articula en las diferentes actividades o prácticas filosóficas.

Las relaciones de discurso es una de las competencias más sobresalientes pues posibilita el ejercicio conceptual y su reflexión, sin dejar de lado el texto, el uso de la palabra y el mismo pensar filosófico. Es decir, las competencias filosóficas se encuentran centradas en comprender los discursos y la movilización de los conceptos que por medio de textos fortalecen las habilidades comunicativas, argumentativas y dialógicas.

Leer y escribir son competencias básicas para el desarrollo de las diferentes actividades en las que el estudiante de filosofía tiene como objetivo de estudio los textos y producir los mismos, es el ejercicio del filósofo, la lectura, el análisis y la comprensión de textos se hace fundamental para la composición de textos y del ejercicio de la escritura (Bernal, 2013). Las relaciones entre la filosofía y el discurso consisten en aprender a interpretar diferentes tipos de

sistemas filosóficos y encaminarlos a las habilidades comunicativas y argumentativas.

Discurso filosófico, nuevos interlocutores, discursos y escenarios

El maestro en el acto del filosofar es un guía con la capacidad de problematizar los saberes, es en parte una cierta condición para que se halle un camino hacia el aprender, encaminar su relación como una forma de ejercicio de la filosofía. La relación de deseo se configura cuando se vuelve una cuestión de sensibilidad, de abrirse a la búsqueda de pensamiento movilizándolo el pensamiento mismo de manera que se vuelva sobre él y se pueda pensar nuevamente, es un reinicio permanente donde el maestro induce al estudiante a aprender, es una relación de querer enseñar y querer aprender, determinando un espacio para que se despliegue la relación con el saber. Esto no quiere decir que se deban saber o aprender solo contenidos, sino que es necesario aprender una relación con el saber, con el deseo de saber y aprender, y no repetir contenidos filosóficos. La filosofía permite enseñar y aprender el valor de esa relación con el saber como un modo de vida, un auto-examen, el cuidado de sí, de los otros y lo otro.

Se habla de nuevos interlocutores, nuevos discursos y escenarios tales como el café filosófico, filosofía para niños, consulta filosófica, universidades populares de filosofía, filosofía en las prisiones y demás. Se ha buscado la apertura de un nuevo discurso filosófico, otra manera de enseñar filosofía, encontrando relación con otros saberes como resultado de la interdisciplinariedad de la filosofía en función del saber, del aprender. Su valor se da en sí mismo pues se fortalecen las prácticas de poder, deseo y saber. Cuando se moviliza el discurso filosófico entre profesor y estudiante, ya hay de por medio transmisión de nuevas ideas y desarrollo de nuevas capacidades (Kohan, 2007).

En Colombia es importante el uso de textos que potencien la argumentación y escritura como medio para el desarrollo de habilidades filosóficas, básicas y necesarias para la enseñanza

y el aprender. El uso del texto filosófico contribuye al saber, no solo en lo académico, sino para la vida común, que sea útil para el estudiante en general, de su ámbito sociocultural y político, que le remita su experiencia en el mundo y a las prácticas educativas emergentes. El lenguaje será otro dispositivo para el aprender de la filosofía, pasar de lo complejo a un juego e interacción con el mismo, encontrándose un orden en las ideas y un discurso coherente a la hora de enseñar y aprender con apropiación e interpretación correctas.

Escritura, lectura y argumentación

El texto filosófico es la herramienta de la cual se vale el maestro de filosofía para fortalecer habilidades como la comunicación, la argumentación, la crítica y la creatividad, entre otras. Para enseñar y aprender filosofía debe haber una interacción entre profesor y estudiante donde se estudie a los filósofos de la historia a través de los textos filosóficos en un contexto socio cultural y político dentro de las prácticas educativas (Bernal, 2013). No es suficiente con entregar el libro, sino que se deben crear condiciones para interactuar entre el autor y el lector, así el maestro sería el intermediario y un potenciador del conocimiento.

Entonces, una adecuada formación en la historia de la filosofía es muy importante para aquellos que quieran hacer trabajo filosófico. También, “[...] el estudiante de filosofía debe tener el debido respeto por los grandes filósofos del pasado y no caer en la crítica fácil o en el deseo inmediato de innovación” (Ramos, 1997, p. 79).

De modo que la lectura es una herramienta que abre otros mundos posibles, nuevas maneras de ser y de ver la realidad (Prada, 2003). Es así como la filosofía en el aprender debe seguir la búsqueda, desacralizar el lenguaje de lo escrito en filosofía y por filósofos, logrando una explicación o la comprensión de dicho lenguaje, siendo una relación directa con la lectura y la escritura de modo que se apalabre el ser en el mundo, construyendo una experiencia con el mundo y el lenguaje (Prada, 2003). La lectura brinda el entendimiento, un diálogo con los filósofos y su pensamiento, una

experiencia que transforma a los sujetos que se acompañan bien de la escritura como un ejercicio no solo para adquirir habilidades y competencias comunicativas, sino también como un ejercicio sobre sí.

La lectura y la escritura constituyen un ejercicio filosófico, siendo imprescindible su uso en las estrategias pedagógicas. El texto debe estar al servicio de la verdad, y no de una elite académica o "expertocracia" (Prada, 2003). Además de que la lectura es la base para aprender las ideas, teorías y argumentos de los filósofos o escritores de otros tipos de saber, es vital acudir a ella como un dispositivo didáctico indispensable para la enseñanza de la filosofía, así como para su aprendizaje, pues permite ordenar las ideas del sujeto en un discurso coherente; es la herramienta para dar significación y argumentación a las ideas por expresar en el filosofar permanente (Prada, 2003). Es en esa relación de lectura y escritura donde se inicia el proceso del aprender. Aprender a escribir es aceptar las estructuras correctas del lenguaje, dar su propio sentido promoviendo la democratización de su ejercicio, para dar a conocer ideas, reflexiones y encontrar de manera crítica el camino entre iguales por la vía de la filosofía, de manera que se dé una mutua aceptabilidad intelectual y social de este ejercicio (Prada, 2003). Además de la lectura, la escritura y la argumentación, se buscan otras habilidades que permitan el encuentro de estructuras ordenadas para el desarrollo del lenguaje a consideración de nuevas propuestas intelectuales y de proyección para la defensa de la educación en filosofía en cualquier ámbito académico.

Comunicación y argumentación

La filosofía ayuda al mejoramiento de canales de información, de transmisión de ideas, haciéndose una actividad efectiva cuando el receptor recibe el mensaje del emisor, profesor u otro estudiante, abriendo la posibilidad de un intercambio de ideas, un diálogo con el pensamiento. En el aprender dicha competencia se desarrolla hasta proponer una buena argumentación.

En el enseñar filosofía el docente es quien controla los mecanismos para que se dé una buena retroalimentación de ideas. El aprender no es una reproducción exacta de la transmisión de contenidos, conceptos e ideas, es más bien la búsqueda de un aprendizaje donde no se reduzca a captar y repetir tal cual está, por ejemplo, la historia o un mensaje en general o dato concreto de quien enseña. El esquema tradicional se remite al emisor, mensaje, receptor, en un ciclo de repetición y para una determinada evaluación del mensaje transmitido, determinando una forma de pensar (Bernal, 2013).

Se propone que en el enseñar y el aprender se movilicen los conceptos, que el profesor como enseñante sea el transmisor de un "mensaje", de un conocimiento, de ideas innovadoras y críticas, "emisión" de nuevas prácticas pedagógicas, y en el aprender una "recepción" con realimentación del mensaje, en buscar el significado del mensaje emitido, un "¿por qué?", un "¿para qué?", un sentido subjetivado y común contextualizado en la realidad del estudiante, fuera y dentro de la institución, pues en la educación el mensaje no es solamente del profesor al estudiante, sino de toda una sociedad, y de sus diversos medios de comunicación. La filosofía puede ser el control de información adecuada para el estudiante, y a la vez emancipadora por la reflexión e interpretación crítica a la hora de la recepción de contenidos sociales, educativos, familiares y de la experiencia del mismo sujeto receptor, en este caso el estudiante de filosofía.

Cuando hay comunicación la filosofía tiene la tarea de supervisar y ofrecer herramientas para que el estudiante pueda construir su propio pensamiento con base en los conocimientos adquiridos a través de su vida. La filosofía suministra el conocimiento y las condiciones cognitivas para que el sujeto pueda construir una forma de pensar; los cimientos de esa construcción, la potencia de ese pensamiento, es decir la argumentación, se constituye en una competencia importante para la filosofía, como principio y apertura del trabajo filosófico, para refuerzo en el pensamiento no solo filosófico sino también de manera interdisciplinaria y como modo de vida.

Cuando hay un encuentro con el pensamiento, la experiencia se hace necesaria; dar forma a ese pensamiento con la interpretación y la crítica a partir de lo que se sabe y de la experiencia misma, reconocer los errores propios y los ajenos, reconocer lo otro, admitiendo verdades no absolutas que aporten a la construcción del saber (Bolívar, 2012). Con esto se plantea que la argumentación en el aula de clases se convierte en un permanente conflicto de ideas, pues en la construcción del pensamiento propio hay contradicciones, dudas, reformulaciones y, principalmente, preguntas. La argumentación es mediadora para el buen aprendizaje, da claridad a las ideas en medio de ese conflicto con el saber filosófico, otros saberes y distintas maneras de interpretación frente a los otros portadores de conocimiento. En el aula de clase es donde, con el profesor como guía, el estudiante se ejercita, refuerza la habilidad de argumentar su pensamiento, y es donde se hace importante la filosofía para un aprender estructurado, construido bajo la razón, con miras al desarrollo de nuevas propuestas intelectuales (Meraz, 2013), es de esta manera como la argumentación moviliza las fuerzas del pensamiento cuando toma la forma de “experiencia de pensamiento”, para transformar formas de pensar de manera crítica e interpretativa (Bernal, 2013).

De la repetición a la crítica

Se expone un problema, lo que puede y no puede ser pensado por la filosofía, y a quién está dirigido tal discurso. No se trata de defender una forma de filosofía de otra, más bien de pensar el sentido de lo que hacemos, lo que leemos, lo que escribimos, lo que criticamos, es la lógica de poner en cuestión nuestra experiencia y buscar el saber, la verdad (Kohan, 2009). Habitar una tradición pedagógica fundada en la lógica de la transmisión, que es una clara reducción al pensamiento, pero también es legitimada la acción de transmitir contenidos, asimilación de habilidades como la lectura, escritura y demás actividades por cumplir con el ingreso a cada aula o espacio dado para el aprendizaje de la filosofía, pues la ausencia de esa transmisión sería aún más problemática, como mínimo para el aprendizaje de cualquier tipo de saber (Kohan, 2009).

La enseñanza de la filosofía se convirtió, con el paso de los años, en una práctica de repetición de contenidos y en el estudio de filósofos de la tradición filosófica cuyas meditaciones suelen estar muy alejadas de las preocupaciones de los estudiantes, lo que hace que el aprendizaje de la filosofía, además de estar rodeado de un orden social injusto y excluyente, deje de ser emancipador y transformador. Sin embargo, la educación y la enseñanza de la filosofía deben formar personas críticas que reflexionen sobre el mundo que los rodea, que consigan repensar nuevas realidades. Es necesario revisar la situación de la administración del sistema escolar en el contexto de cada país y tratar de transformarlo, de dar un vuelco amigable junto con las nuevas generaciones y sus formas de pensar (Kohan, 2007).

Para la filosofía lo más conveniente es pensar y hacer una práctica de una educación descolonizadora, no solo en el sentido de la situación frente al Estado, sino también en el espacio que ocupa quien enseña frente a quien aprende y viceversa, dar cuenta de esa relación profesor-estudiante (Kohan, 2007) de estas situaciones es habitar el pensamiento de una paradoja entre el aprender y el enseñar. La filosofía permite potenciar en los sujetos una postura crítica de estar en el mundo.

La propuesta y la tarea de la filosofía es descolonizar el pensamiento de un pensamiento absoluto, el desafío es hacer que la educación se sensibilice a cada pensamiento, cada lectura o cada estadía en el aula de clase, cada experiencia frente a la vida para un aprender permanente (Kohan, 2007). Enseñar o aprender filosofía hace necesario que se dé en el aula de clase esa institucionalización del conocimiento que es ajena a toda educación filosófica, (Bolívar, 2012) y eso explica la tradición de la enseñanza de la filosofía, que por centrarse en la trasmisión de un conocimiento se olvida a quién va dirigida la propuesta de la filosofía, se olvidan las condiciones y si el sujeto es un ser dispuesto o no al aprender. La inconsistencia recae en la fijación absoluta al estudiante, también es pertinente construir ciertos conocimientos sin olvidar el interés del sujeto implicado por el conocimiento y su razón de aprender (Bolívar, 2012).

Es interesante advertir cómo la filosofía busca la formación de seres libres y con vocación democrática a través de estas paradojas entre la filosofía y el Estado, y entre el profesor y el estudiante. Así como los contenidos y la disciplina son indispensables para la enseñanza de la filosofía hay que tener cuidado con recaer en el “pedagogismo”, en una reducción a lo básico como estudiante (Bolívar, 2012). Entre profesor y estudiante sobresalen tres grandes tipos de maestros: el maestro ignorante que reconoce y posibilita el aprendizaje entre iguales, el maestro explicador al que le pertenece todo conocimiento y, por último, el maestro emancipador, que brinda libertad a quien aprende, forma para emanciparse, deja que ocurra la libertad sin discursos que recaigan en contradicción, es más un deseo de quienes aprenden, encuentra las condiciones para su libertad ante nuevas situaciones que se presentan en su experiencia de vida (Bernal, 2013). Esa emancipación es la búsqueda de autonomía, una mayoría de edad, dueño de sí mismo, pensante, con uso de la razón, es aquel estudiante que aprende a ser independiente y va dejando de lado la guía del profesor y se libera de la opresión o aceptación de otra forma de pensamiento, se crea a sí mismo. (Cañizales & Pulido, 2015).

La filosofía como problema filosófico

Para la filosofía es fundamental “aproximarse a problemas”, problemas de la vida cotidiana que le pertenecen a cada uno de los sujetos, en cada una sus dimensiones (existenciales, prácticas, políticas, económicas, psicológicas, relacionales y de conocimiento), la problematización es la función esencial de la filosofía (Fernández, 2015). El problema filosófico, tomado como una dimensión intertextual, interdisciplinar, va desde los problemas más elementales hasta los más específicos o generales, encontrando un orden en su temporalidad, con lo que se dan las relaciones de contenido; para la filosofía es más que encontrar una definición, es seguir problematizando, confrontando a otros problemas. El filosofar y enseñar filosofía se dan en contexto, no se debe olvidar la formación ciudadana y la reflexión sobre la democracia para poder pensar el mundo. (Fernández, 2015). Así, la educación en filosofía como asignatura es la apropiación de problemas, ya sea

en un diario vivir, individual o en comunidad, es su definición, su trato, es ponerse en contexto, es la reflexión sobre el mundo actual para tomar las mejores decisiones, el problema filosófico implica ir más allá de una definición, es situarse para recibir una formación ciudadana, por ejemplo, pero en una dimensión intertextual con miras a entender la sociedad actual y sus diferentes problemáticas.

Pensar los conceptos

Los contenidos, tan necesarios para la asignatura de filosofía, hacen imprescindible el uso de herramientas para hacer accesible la filosofía en una interdisciplinariedad, conectando las ideas con el mundo real; es aconsejable entonces buscar esa ayuda en la literatura, pues entre ambas se encuentra intertextualidad y contenidos que se abren a la diversidad de conceptos (Fernández, 2015). En la búsqueda de esa intertextualidad, interdisciplinariedad o transversalidad de la filosofía, es importante aplicar diferentes modalidades de trabajo que combinen también otras formas de evaluación de manera que la filosofía dé paso a otros ámbitos del saber, con la idea de hacer conexiones, puentes, rizomas, para la extensión del mismo saber (Fernández, 2015).

Si se piensa en el problema de los contenidos para la enseñanza de la filosofía, se llega a una reflexión acerca de lo que se ha establecido en el diseño curricular de los programas que ofrece la filosofía como opción para ser un profesional, los cuales deben enfocarse realmente en lo que se vive, se hace y se produce en las aulas de clase, en la universidad, en la vida, el cómo se enseña y se aprende a filosofar (Bernal, 2013). Este problema de los contenidos de la filosofía toma relevancia cuando se trabaja en la idea misma de la reflexión de nuestros sistemas de enseñanza, repensar qué y para qué se enseña, además de incluir a quién aprende (Fernández, 2015).

La formación de sujetos como tarea de la filosofía es un articulador para pensar en los conceptos, el malestar como descripción de un contexto en el que la filosofía tiene una sensación de incomodidad frente al declive en los contenidos como asignatura, incapaz de

educar sujetos. No se trata solo de una formación mecánica ni de contenidos determinados, sino que la realidad, el contexto, es incómodo y complejo para los sujetos que en verdad se preguntan por el mundo del que hacen parte, es importante que se dé una dimensión reflexiva del sujeto. En la demarcación de la filosofía en un contenido, para la profesionalización, se incursiona en la pregunta sobre el modo de la construcción de los programas de filosofía, si esa construcción es insuficiente, si cuenta con una amplitud necesaria para el ámbito filosófico, sus complejidades y posibilidades (Fernández, 2015).

Si es cierta la reflexión sobre los contenidos, también hay que repensar los conceptos bajo los cuales se hace la filosofía para la educación básica y media, innovar y percatarse de necesidades que también ofrezcan soluciones a corto o largo plazo. En América Latina se empieza a ver la potencia del concepto de “infancia”, que está relacionado con ese aprender, encontrar o transformar lo que somos, ya sea desde la ignorancia, la falta o la debilidad, ausencias que al denotar el problema, permiten avanzar o movilizarse, pensar y saber. En la vista de un problema y la falta de posibilidades, el concepto infancia da fuerza a la filosofía para emprender la búsqueda. (Kohan, 2009). Entre otros, la movilidad entre contenidos enseñar y aprender se encuentra el cine como una práctica social que conduce a la educación, su institucionalización permite nuevas formas de pedagogía, nuevas formas en la práctica docente y nuevas formas de la escuela tradicional (Cañizalez & Pulido, 2015), y es así como una nueva forma de pensamiento que transmite conceptos, sean históricos o de la actualidad y su relación con la razón y la emoción, conduce al espectador, en este caso al estudiante, al descubrimiento y cuestionamiento de problemáticas que para él eran impensables pero que las acoge en su contexto (Cañizalez & Pulido, 2015).

La filosofía es el diagnóstico de un malestar en referencia a la formación de sujetos en un contexto, es una tarea que se apropia críticamente y que da cuenta de un contexto de la educación en general, describiendo los antecedentes por los cuales hay un ambiente de inconformidad respecto a los contenidos o programas de la educación en Colombia.

Es preciso hacer que la filosofía y sus programas sean más interdisciplinarios, la búsqueda de esa transversalidad produce más posibilidades de la enseñanza de la filosofía a otros ámbitos del saber con la idea de ampliar el conocimiento a otras áreas en modo de retroalimentación. El asumir este problema de la enseñanza de la filosofía lleva a una reflexión de un modo de vida, del hacer producción en las instituciones educativas, es decir, el lugar para aprender a filosofar, es una reflexión además de los diseños curriculares de los programas que ofrece esta disciplina como opción profesional. De la institucionalización de la filosofía a la práctica social que es la pedagogía, la práctica docente, en cumplimiento de las normas establecidas, sumado lo que realmente se da en el aula de clase, conduce al cuestionamiento de las problemáticas del contexto educativo como de los conceptos que transmite.

Referencias

- Acevedo, J. (1992). La pedagogía del asombro. *Educación y Pedagogía*, (7), 198-204.
- Bernal, I. (2013). Enseñar y aprender filosofía en la singularidad de las interacciones cotidianas. *Praxis & Saber*, 4 (7), 119-140. <https://doi.org/10.19053/22160159.2052>
- Bolívar, S. K. (2012). Enseñanza de la filosofía en una sociedad democrática. *Cuestiones de Filosofía*, (10), 37-46.
- Cañizalez, N. E., & Pulido, Ó. (2015). Infancia, una experiencia filosófica en el cine. *Praxis & Saber*, 6 (11), 245-262.
- Deluze, G. (2002) *Diferencia y Repetición*. Buenos Aires. Amorrortur.
- Fernández, J. (2015). Enseñar filosofía. *Cuestiones de Filosofía*, (17), 38-54.
- Hoyos, J. (1993). ¿Cómo enfocar el trabajo filosófico en un país como el nuestro, en vías de desarrollo?. *Universitas philosophia* (21), 29-34.
- Kohan, W. (2007). Sobre las antinomias de enseñar filosofía. *Cuestiones de Filosofía*, (9), 143-159.

- Kohan, W. (2008). *Filosofía, la paradoja de aprender y enseñar*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Kohan, W. (2009). Desafíos para pensar... la enseñanza de la filosofía. *Cuestiones de Filosofía*, (11). <https://doi.org/10.19053/01235095.v0.n11.2009.649>
- Meraz, A. A. (2013). ¿Aprendiendo a filosofar sin textos?. *Conceptos*, 3 (4), 32-54.
- Prada, M. A. (2003). Escritura y lectura. Esbozo de un problema retórico, filosófico y didáctico. *Cuestiones de Filosofía*, (5), 36-46.
- Pulido, O. (2009). Aprender y enseñar filosofía en el mundo contemporáneo: De la mercantilización del pensamiento al despliegue de su ejercicio. *Cuestiones de Filosofía*, (11), 87-103.
- Ramos, J. (1997). El ejercicio de la filosofía. *Ideas y valores*. (104), 79-85.
- Vargas Guillén, G., & Gamboa Sarmiento, S. (2005). Entornos virtuales y aprendizaje de la filosofía. *Folios* (22), 99-105.

Un mapa, una rosa de los vientos, una localización y un rumbo: a manera de conclusión preliminar¹

Diego Fernando Pérez Burgos²

Se puede pensar este proyecto como un mapa en el que se construye un panorama de las investigaciones sobre enseñanza de la filosofía en Colombia. Como mapa requiere de una serie de convenciones que permitan ubicarse en este para poder interpretarlo. Los conceptos que se han presentado: Enseñanza de la filosofía, didáctica de la filosofía, aprender filosofía y educación filosófica, funcionan como una especie de rosa de los vientos que marca un horizonte de lectura de los diversos artículos examinados. Estos conceptos son marcos categoriales sobre los que se organizó el trabajo documental que se realizó posteriormente.

Sin embargo, es preciso advertir que estos conceptos no funcionan como categorías totalizadoras, como tipos ideales en los cuales se correspondan de forma unívoca los artículos consultados. En el desarrollo del proyecto ha quedado claro cómo las investigaciones que se consultaron escapan a una clasificación que encaje de forma impecable con las categorías planteadas. Cada artículo se resiste, a su manera, a una clasificación taxativa. El estudio de cada artículo, en cada una de las etapas de análisis descritas, suponía la búsqueda de ciertos elementos comunes entre las categorías hipotéticas que se han formulado para el proyecto y los enunciados principales de cada artículo, para así indicar si el artículo en cuestión pertenecía

-
- 1 Presenta las conclusiones del proyecto de investigación: Balance de las formas de enseñanza de la filosofía en Colombia Entre práctica y experiencia, SGI 2204, financiado por la Vicerrectoría de Investigación y Extensión, y la Dirección de investigaciones de la UPTC
 - 2 Licenciado en Filosofía de la UPTC, investigador del grupo de Filosofía, Sociedad y Educación (GIFSE) correo electrónico: diego.perez@uptyc.edu.co

al ámbito concreto de la enseñanza, la didáctica, el aprender o la educación filosófica.

Los artículos investigados no se relacionan con las categorías definidas previamente como si se agruparan por conjuntos con características similares, no se puede afirmar que los artículos agrupados en torno a cada categoría desarrollan plenamente los postulados de los conceptos de enseñanza, didáctica, aprender o educación filosófica. Si se han agrupado de esta manera es por una cuestión de método y de construcción de una estructura analítica que permitiera una mejor organización y estudio del corpus documental.

Los diversos artículos investigados funcionan en el sentido de la localización por coordenadas. Ubicados dentro de ese amplio horizonte conceptual que plantean las categorías centrales del proyecto, estos artículos poseen ciertos grados de localización respecto a una coordenada y otros respecto de otra. Así, un artículo en concreto puede ubicarse cerca de la didáctica, pero puede tener elementos pensables desde el aprender filosofía o desde la educación filosófica, etc. Cada artículo supone una localización distinta respecto a su posición frente a los conceptos centrales que guían el proyecto.

Esto se debe a que en el análisis de cada artículo se sustraían subcategorías que permitían establecer las diversas aseveraciones y tomas de postura de los autores frente al problema de la enseñanza de la filosofía. Al localizar cada artículo e identificar sus subcategorías principales se realiza la labor del cartógrafo, estableciendo puntos de conexión entre los otros artículos, indicando cómo tenían ciertas similitudes al abordar algún problema de la enseñanza de la filosofía, mostrando cuáles son las temáticas centrales de la enseñanza de la filosofía, etc. Así se iba tejiendo una trama de relaciones en las que se muestran ciertas recurrencias al hablar de ciertos temas, o ciertas similitudes al diagnosticar ciertos problemas de la enseñanza de la filosofía. Pero también se encontraban discontinuidades, enunciados que parecían afirmar lo mismo en diversos artículos pero que tenían

propósitos diferentes o conceptos usados de forma reiterada por varios artículos, pero con alcances y objetivos distintos.

Todo este ejercicio de constantes continuidades y discontinuidades en el estudio del corpus se debe a que, a diferencia de los puntos geográficos que trabajan en función de su oposición, las categorías centrales que guían este proyecto no se construyen desde la oposición de unas con otras. Se construyen desde la continuidad y la discontinuidad. Hay elementos que la didáctica de la filosofía asume como propios: el caso de su relación con los dispositivos de aprendizaje, pero esto no significa que en la didáctica no estén presentes elementos de la educación filosófica, como lo es la formación o de la enseñanza de la filosofía, como lo es el trabajo sobre el pensamiento.

Por ejemplo, el problema del texto filosófico puede ser abordado desde la didáctica a partir de una perspectiva procedimental, es decir, cómo lograr que los estudiantes construyan textos filosóficos o con qué herramientas se debe acercar al estudiante al texto filosófico, allí se hablaría de forma concreta de métodos de aprendizaje como la disertación filosófica o el comentario de textos filosóficos. Por su parte, para la enseñanza de la filosofía, la cuestión del texto filosófico se resuelve en el plano de la intencionalidad, de preguntar si en el aula hay que acercarse a los textos filosóficos o leer filosóficamente los textos. Para la educación filosófica el problema será el de identificar textos que permitan construir una formación ético política, inclusive en textos ajenos al dominio propio de la filosofía.

Como se puede ver con este ejemplo, que tiene que ver exclusivamente con el desarrollo de los conceptos que se han planteado para esta investigación, la relación entre los conceptos no es de oposición sino de continuidad y discontinuidad, de maneras en las que se abordan conceptos comunes como: el estudiante, el maestro, el texto, el currículo, la escuela, etc., pero preguntándoles desde horizontes interpretativos diferentes.

Algo similar ocurre en las relaciones entre los artículos investigados. Ninguno se opone radicalmente a otro, solo abordan de forma distinta un mismo problema. Se pueden mostrar recurrencias en la manera como ponen su interés en ciertos elementos: las competencias, el perfil docente, las habilidades de pensamiento, etc. Allí se construyen continuidades entre los artículos porque consideran que, al momento de enseñar filosofía, es necesario traer a colación ciertos conceptos.

Una de las grandes recurrencias que muestra esta investigación, entre los diversos artículos investigados, es que la categoría subsidiaria *modo de vida* está presente de forma constante en la enseñanza, la didáctica, el aprender y la educación filosófica. Si bien en términos cuantitativos hay significativas diferencias frente a su aparición, queda claro cómo es un concepto que se hace sustancial al momento de hablar de enseñanza de la filosofía. Esto es lo que se podría llamar un rumbo. Frente a la multiplicidad de enunciados que se presentan en este balance, se muestra que un elemento recurrente al momento de pensar la enseñanza de la filosofía es que esta se debe hacer como la puesta en marcha de un modo de vida.

El capítulo dedicado a la exposición teórica de la enseñanza de la filosofía indica que, en los artículos consultados, lo que se procura es reivindicar las relaciones entre filosofía y vida fuera del aula, para construir herramientas que permitan vivir bien desde el cuidado de sí y de los otros. Pensar la enseñanza de la filosofía como un modo de vida establece relaciones interesantes con la posibilidad de una enseñanza de la filosofía que sea emancipadora. Por su parte, la exploración que se realizó en la categoría didáctica muestra menos recurrencias en la posibilidad de ver las conexiones entre modo de vida y filosofía, sin embargo se indica que las afinidades entre discurso filosófico y los problemas de la vida cotidiana son una relación entre habilidades de pensamiento y competencias.

Aquí, modo de vida es entendido desde la perspectiva de un saber hacer en la vida cotidiana más que como un ejercicio de comprensión y transformación de sí. Para la educación filosófica, la filosofía debe ser un modo de vida que permita construir otros sentidos frente al saber y el conocimiento, a su vez que desarrollar

capacidades para la resolución de problemas. La puesta en práctica de una filosofía como modo de vida tiene que ver también con la adquisición de competencias para llevar una vida en sociedad como un individuo ético que sea capaz de vivir en comunidad.

Por último, para la categoría *aprender filosofía*, la subcategoría modo de vida es una de las más reiteradas. Se entiende como modo de vida la experiencia de conocimiento y transformación de sí que se despliega en la cotidianidad del aula y más allá de ella. Además se indica que enseñar filosofía desde la perspectiva del modo de vida tiene que ver con la transformación de los sujetos, por lo que no se enseñan contenidos sino ejercicios. Estas son, a grandes rasgos, las descripciones que se han reunido en torno al modo de vida, categoría sobre la que se traza el rumbo de la enseñanza de la filosofía, aun con los diversos matices con los que cada perspectiva aborda el tema.

Esta gran continuidad, este rumbo que plantea esta investigación se debe a una razón sencilla, no respecto al concepto sino respecto a la metodología. Todo el proyecto apunta hacia un mismo problema: recoger las voces que indican qué es lo que pasa o qué es lo que debe pasar cuando se enseña filosofía. Foucault afirmaba que su problema siempre había sido el sujeto y que las diversas etapas metodológicas de su filosofía intentaban hacer una aproximación al problema del sujeto, desde el saber, el poder y la ética. Algo similar ocurre con el desarrollo de este proyecto, conceptos y artículos tienen que ver con la posibilidad de pensar el sentido de la filosofía cuando se intenta enseñarla.

